

El Monasterio de San Ginés de la Jara. Las Pinturas monocromáticas de la Ermita de los ángeles del Monte Miral.

JULIO MAS GARCÍA

En nuestro informe-memoria sobre el Monasterio de San Ginés de la Jara y Ermitas del Monte Miral, redactado en 1981 a requerimiento del Ministerio de Cultura para declaración de monumento histórico-artístico, contemplamos la frondosa bibliografía acumulada en torno a este eremitorio desde que un desconocido autor de la segunda mitad del siglo XV recopilara en su obra *La Vida e Estoria del Bien Aventurado Segnnor San Ginés de la Xara, del Campo de Cartagena*, dada a conocer por Varela Hervías en 1961.

Como obligado complemento a esta consideración de las fuentes realicé repetidas visitas a los diferentes locales e instalaciones que componen este conjunto monacal para estudiar in situ los rasgos todavía visibles de su primitiva fisonomía arquitectónica, en gran parte enmascarados por posteriores y desafortunadas obras de remodelación, para finalizar con una prospección en superficie del terreno circundante.

En dicho informe, tras exponer la gran importancia histórica de La Jara a lo largo del Medievo y primeras secuencias de los tiempos modernos, dabamos cuenta de la

urgente necesidad de proceder a su restauración, restituyéndole la sobria belleza de su conjunto, objetivo que podían alcanzarse al amparo de la medidas de protección que conllevan este tipo de declaraciones monumentales.

Con tal motivo hicimos especial mención del lamentable estado de las pinturas murales de la Ermita del Monte Miral, ya desaparecidas en gran parte, resaltando las representaciones monocromáticas del Monasterio y escenas de peregrinaje dirigidas él, cuyos calcos, hasta ahora inéditos, interesamos a nuestro colega y antiguo alumno de la Escuela de Bellas Artes de Sevilla, Miguel Martínez Andreu.

La publicación de dichas representaciones sobre el peregrinaje popular de este Monasterio, será nuestra modesta aportación al homenaje que con motivo de su jubilación se le tributa al ilustre medievalista Juan Torres Fontes, quien dentro de su ingente obra investigadora buscó tiempo para ofrecernos uno de los planteamientos más clarificadores sobre el misterio que envuelve al Santo de la Jara, sentando una sugestiva hipótesis en relación con el posible origen de su fascinante leyenda.

MARCO GEOGRAFICO

La carretera MU-321 que conduce a Cabo de Palos, corta en su punto kilométrico once las estribaciones de la Sierra Minera de Cartagena, que descienden suavemente hacia la laguna salada del Mar Menor, la *inmensa Palus* de Estrabón.

Deja a la izquierda las tapias del Monasterio de San Ginés de la Jara, respaldado por un frondoso huerto de frutales, entre los que destacan limoneros, naranjos y palmeras y al que Licenciado Cascales calificaba como uno de los «más insignes de España».

A la derecha queda el pie del Cerro o Monte Miral, jalonado por pequeñas ermitas, en las que los peregrinos hacían parada en su ascensión al retiro del Santo Ermitaño.

La montaña aparece cubierta por plantas perennifolias, capaces de resistir las prolongadas sequías de esta zona mediterránea, en la que sustituyeron a los bosques que, según las fuentes clásicas, se extendían por las proximidades de Carthago Nova.

Robert Pockington, en reciente trabajo titulado «Toponimia Islámica sobre el Campo de Cartagena», atribuye esta denominación de La Jara a la deformación del toponimo árabe *al-Ša'ra'*, «el bosque», en directa alusión a la riqueza forestal del paraje que debía conservar todavía en la Alta Edad Media.

De la degradación del monte surgieron distintos tipos de matorrales y, concretamente en lugares silicios como este que contemplamos, arraigó la jara, en su especie común *Cistus ladaniferus*, que ofrece en primavera blancas flores pedunculadas.

Posteriormente sería sustituida la jara por otras clases de garriga mediterránea más agresivas, el tomillo, romero y, por supuesto el espartizal, que diera sobrenombre a Cartagena en el período bizantino.

*SITUACION DEL MONASTERIO DE SAN GINES DE LA JARA
EN LAS PROXIMIDADES DEL MAR MENOR*



ANTECEDENTES HISTORICOS

Los antecedentes históricos conocidos sobre el culto a San Ginés y fundación del Monasterio de la Jara en Cartagena, se inician con su reconquista por las huestes castellanas y, se hace preciso por ello, la continuidad de la investigación de las fuentes literarias y una sistemática prospección arqueológica sobre las ruinas de este eremitorio, cuya práctica debe preceder a su proyectada restauración.

Entre las tradiciones referidas a su fundación debemos recordar la de Paulo Orosio, citada por Jaime Jordán, en su «Historia de la provincia de Aragón de Ermitaños de San Agustín»:

«En la playa del mar de Cartagena, a tres leguas de la ciudad, en unos montes de gran amenidad, fundó un convento agustino el Vbl. P. Fry. Paulo Orosio, discípulo y fraile ermitaño de San Agustín, siendo de vuelta de Africa para España el año 432».

Está acreditado el culto a San Ginés durante el período visigodo, si bien no ha llegado a identificarse como antecedente del Monasterio de San Ginés de la Jara, el de San Martín, que según Gregorio de Tours estaba situado entre Sagunto y Cartagena y del que hubo de huir su abad y monjes para refugiarse en una isla cercana a la llegada de Leovigildo en 534.

El «Codax Calixtinus», datado ya en el siglo XII, recoge antiguas tradiciones referidas al traslado de una reliquia de San Ginés, su cabeza concretamente, desde Francia a Cartagena a través del Ródano y posteriormente por mar.

Aymerico Picaud relata una leyenda en el mismo siglo XII, que corría en boca de peregrinos del «camino francés» de Santiago, según la cual la cabeza de San Ginés de Arlés había sido llevada milagrosamente a Cartagena.

Contribuiría ello a justificar que los agustinos de Cornellá de Conflente se estableciesen en la Jara y en virtud de esta tradición se rindiera culto allí a San Ginés de Arlés.

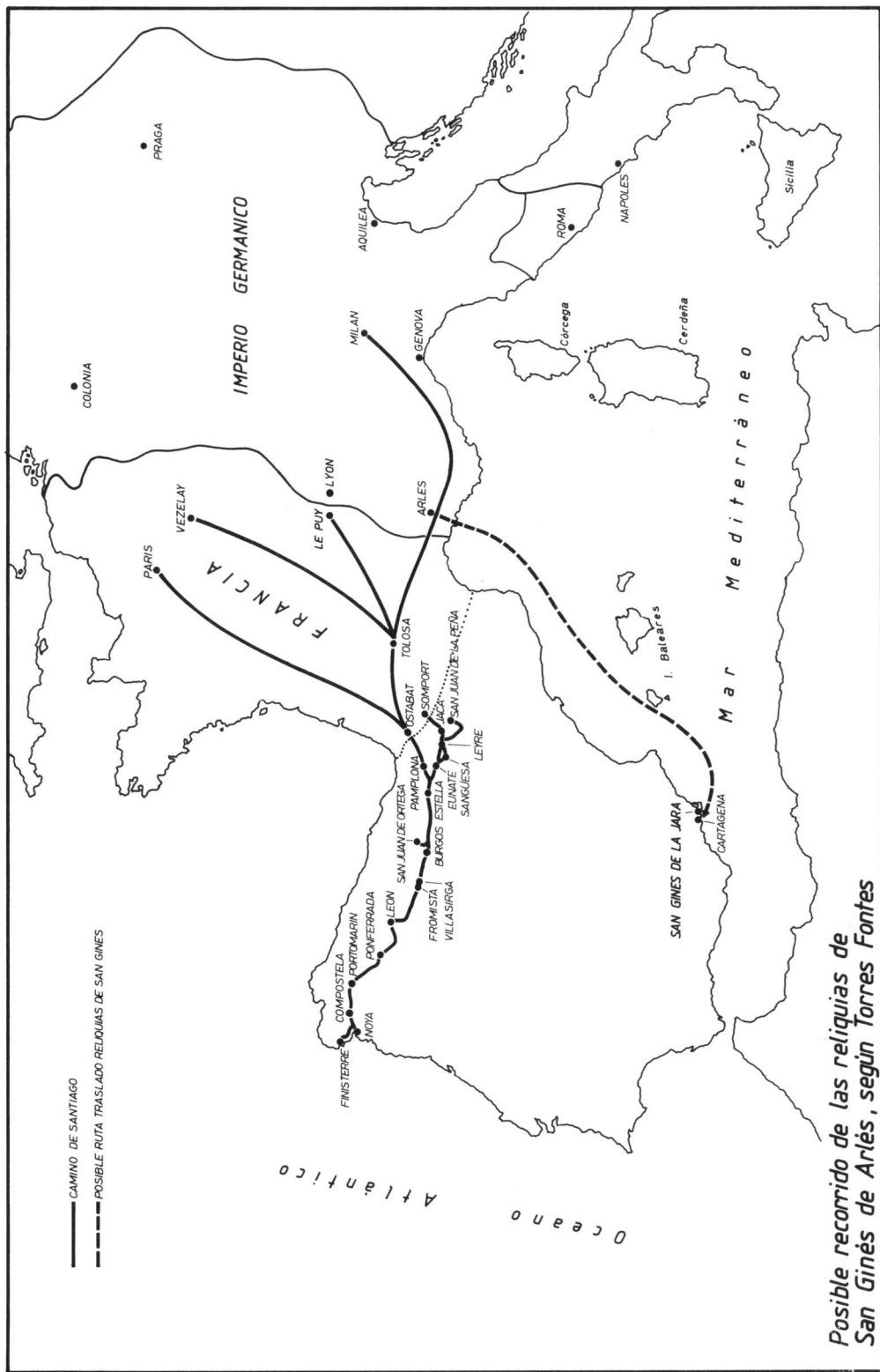
A su marcha podría haberse forjado la leyenda entorno a un santo personaje francés, todo ello, según Torres Fontes, en época no anterior al siglo XIV.

La etapa de su documentación histórica tiene como pórtico las campañas del Infante D. Alfonso de Castilla, que en su próximo reinado alcanzaría el sobrenombre de El Sabio. Su pacto con Muhammad ibn Hud, en 1243, supondría el vasallaje del Reino de Murcia, el posterior asalto y toma de sus más importantes plazas para hacer viables los acuerdos, que culminaría con la de Cartagena.

En ella encontrará Alfonso, ya Rey, base para sus «fechos allend la mar», ocasión de recuperar sus riquezas naturales y poderío comercial, que hicieran de ella un gran emporio mediterráneo, todo ello sin olvidar su pasada influencia espiritual como capitalidad de la Carthaginense que la Iglesia llevó a ella, en su alta misión de llenar el vacío producido por la desaparición del mundo romano.

Por tales motivos incidieron sobre ella una serie de privilegios ya conocidos y entre los que cabe destacar la concesión del Fuero de Córdoba, otorgado por su padre, Fernando III, durante el sitio de Jaén en 16 de Enero de 1246.

Este potencial espiritual de la antigua metrópolis del SE. cristalizó con la petición al Papa Inocencio III, por parte de Fernando y Alfonso, cuatro años más tarde, de la restauración de la Sede Carthaginense, «pese a la absorción que Murcia realizaba ya en todos órdenes», como puntualiza el Prof. Torres Fontes.



Possible recorrido de las reliquias de San Gines de Arlés, según Torres Fontes

A ello tratará de contribuir también Alfonso el Sabio con la creación de la Orden de Santa María de España, con Maestrazgo en Cartagena, Orden que habría de ejercer en el mar análogas misiones que las de Calatrava, Alcántara o Santiago en tierra firme.

Se producirá a continuación el asentamiento de los Agustinos en el ámbito carthaginiense, para guía espiritual en el repoblamiento cristiano de estos territorios rescatados al dominio musulmán y, quizás también, para reactivar el culto a San Ginés rendido en el ciclo visigodo.

Fuentes árabes como la crónica de Al-Himyari, contemplan relatos del siglo XI relacionados con tradiciones piadosas de este lugar que, salvando posibles errores de transcripción, pudieran referirse al Santo de Jara.

El culto islámico pudo sustituir al cristiano tras las invasiones almorávide y almohade, estableciendo sobre las ruinas del Monasterio una rábita, ribot o zawiya.

A ella pudieran aludir el poeta Hazim al-Qartayanni a principios del siglo XIII, cuando cita, en paraje próximo a su ciudad natal Cartagena, rábita de al-Sib, «rábita del camino» y cercana al mar.

Justificaría también esta posibilidad la extraordinaria devoción rendida por los musulmanes después de la reconquista y que sorprende al P. Huelamo, manifestando que «Las Moras Africanas, y Berberiscos que ay en Murcia y Carthagená, y por esta tierra (y aún en parte de Africa) tienen por cierto, que Sant Ginés fué de su tierra. Y aún dizen ellas que fué Morabito. Y como a tal le reuerencian, y ofrecen muy buenas limosnas y ofrendas. Y muchas dellas (como yo lo he visto) llevan en los cabos de sus tocas, por reliquia muy estimada, tierra de su santa casa».

Análogas noticias nos relata el P. Pablo Manuel Ortega cronista de la «Sanctae Provinciae Karthaginensi» sobre peregrinos musulmanes venidos a la Jara, incluso desde diversos puntos de Berberia y que aseguran que «San Ginés estar pariente de su gran Profeta Mahoma».

Los padres agustinos abandonaron más tarde el Monasterio de San Ginés, según el P. Huélamo: «Por tomar casas en Toledo, dexaron aquella soledad».

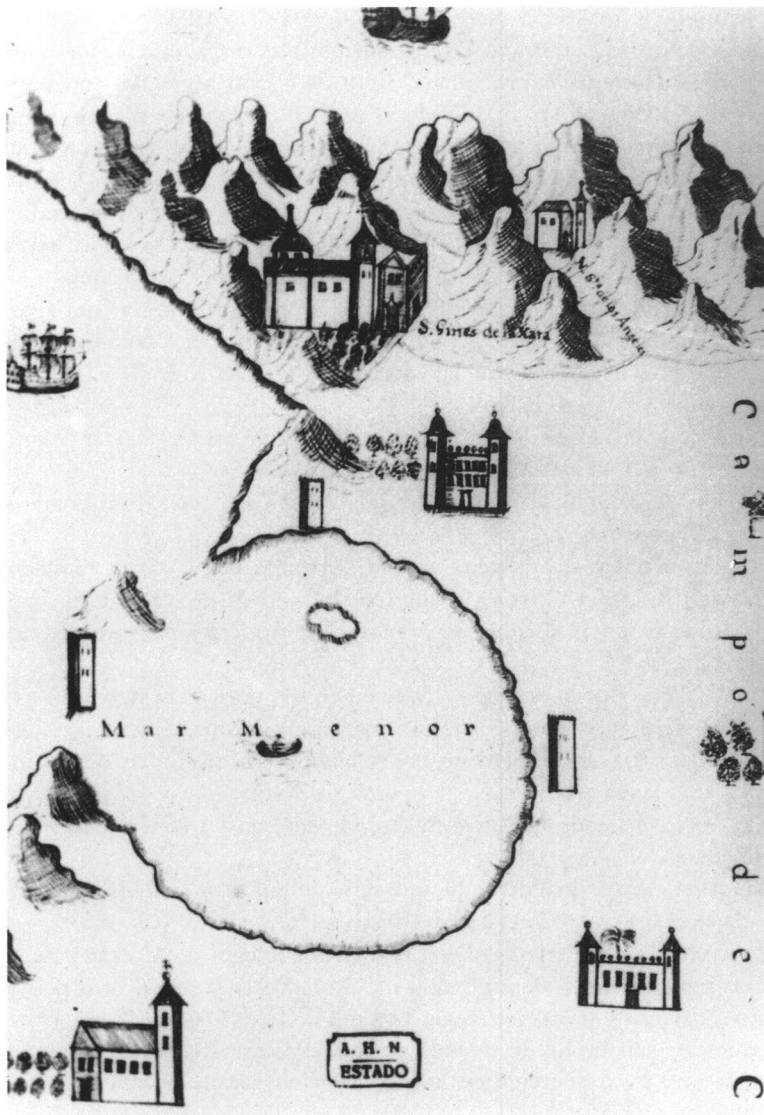
El culto a San Ginés experimentará un gran desarrollo, con la consiguiente prosperidad para el Monasterio, al que colman de donaciones como las otorgadas en su testamento por el Infante Don Juan Manuel.

Los agustinos tratarán de recuperar, entre otras antiguas posesiones en el Reino de Murcia, el Monasterio de San Ginés, tras los nuevos repartimientos de heredades abandonadas al recobrar el Concejo su antigua jurisdicción con la setencia de Torrellas en 1304.

Va a iniciarse así un largo pleito en el que finalmente se enfrentarían con el Obispo y Cabildo de Cartagena, al que respaldaría Alfonso XI por sentencia que determinaría «no sean tenidos de responder ni entregar la ermita e casa de San Gines de la Xara del campo de Cartagena e los frayles de Sant Agustín syn mandamiento del Papa».

Continúa día a día el aumento de devoción al Santo de la Jara y los caminos que conducen al Monasterio se llenan de peregrinos con ofrendas, que despiertan la codicia del bandidaje y son constante preocupación para la justicia del Reino.

Proliferan las cofradías que, en algunos casos, como la de Orihuela, disponen de escolta para custodiar su pendón durante la guerra.



El Monasterio de San Ginés de la Jara y la Ermita del Monte Miral en el mapa de Ascensio de Morales de 1751.

Una gran leyenda se tejerá en torno al Santo Ermitaño, que de tradición oral en principio, pasará a la crónica que servirá de base para la «Historia de San Ginés», escrita por autor anónimo a finales del siglo XV.

El análisis del texto para tratar de fijar sus posibles orígenes, consideración de paralelos con hechos de conocida cronología, áreas de acción según los topónimos citados en la crónica, etc., ofrecen sin duda todo el apasionante interés que es común en esta clase de investigaciones sobre textos anónimos, pero todo ello no entra en el esquema de nuestro informe y por ello nos limitamos a sintetizar esta leyenda, que debemos suponer anterior a 1491, fecha del establecimiento franciscano en el Monasterio de la Jara.

San Ginés aparece como hijo de Roldán el Magno y su esposa Oliva, reyes de Francia, hermano del héroe Roldán y sobrino en consecuencia de Carlomagno.

En el transcurso de una expedición por mar en peregrinación a Santiago, sufre una fuerte tempestad a la altura de Cabo de Palos, que él estimará como un aviso de que debe quedarse en aquella costa. Por ello se lanzará al mar llegando a las inmediaciones de La Jara, flotando sobre su hábito.

Encontrará allí un monasterio protegido por ocho torres, alcazar y un convento regido por comunidad de monjes de San Laurés.

Los ángeles construirán para él una ermita en el Cerro del Miral donde hará penitencia durante veinticinco años.

Un contacto familiar se producirá pasado el tiempo con la visita, también por mar, de sus hermanos Roldán y Oliveros y que repetirá uno de ellos más tarde, para recoger un documento de renuncia al trono de Francia que firmará Ginés, tras exponer su destino espiritual.

San Ginés fallecerá poco después, siendo enterrado por sus hermanos en este paraje.

Llegará más tarde a la Jara un sobrino llamado asimismo Ginés, con el objetivo de trasladar sus restos a Francia, pero no podrá cumplir su misión en última instancia, al encontrar vacío el ataúd a la llegada a su punto de destino.

El cuerpo de San Ginés aparecerá milagrosamente en La Jara, donde será enterrado en lugar desconocido.

La crónica da cuenta finalmente de una serie de milagros atribuidos al Santo y de la expansión de su culto por todo el ámbito cristiano.

El Licenciado Cascales en sus «Discursos de los linages de Murcia y de su Reyno», rompe lanzas por la posible identificación del Santo de la Jara con otro personaje fabuloso, «Santo Adelardo Ginés», rechazado por medievalistas como Torres Fontes, basándose en la descripción hecha de su vida por San Pascasio Radiberto que, según manifiesta, «escribió no poco diferente de lo que tradicionalmente cuenta de él el P. Huéllamo en su libro de este Santo».

Describe la intensa vida de Adelardo Ginés, hermano del rey Pipino y primo-sobrino de Carlomagno, desde su retiro a la Abadía de Corbeya hasta su regreso a Francia, por razones de Estado. Su posterior regencia a la salida de Francia del Emperador, visita a Tierra Santa en compañía de él, embajadas a Roma y a España, en la corte de Alfonso el Casto, para solicitar las reliquias de Santa Leocadia. El destierro a la isla de Haro y, por último, su peregrinaje por mar al Sepulcro del Apostol Santiago.

La descripción del paso de Adelardo Ginés por la Jara está desprovisto, significativamente, de toda escenificación milagrosa o sobrenatural.

Nos dice: «embarcado para allá (Santiago de Compostela), derrotado el navío con una gran tormenta, vino a dar a Cabo de Palos. Y saltó en tierra y viendo en el sitio que oy es, y se llama San Ginés de la Xara, acomodada soledad para su Profesión Monástica, tomó por habitación una pequeña cueva, hacía allí vida de ángel, con algunos Monges que él advocó, así como su exemplo y santidad, o que por ventura halló, y es de creer, que desde aquí iría con espíritu fervoroso a cumplir su romería de Santiago, volviendo luego a la compañía de sus Monges».

Relata después el arrepentimiento de Ludovico y la embajada de Roldán para intentar su regreso, aludiendo como prueba del desembarco de este en la costa el topónimo «Mesa de Roldán», en la playa próxima al Monasterio.

En apoyo de esta tesis hace mención Cascales de una obra de Juliano, Arcipreste de San Justa de Toledo, escrita hacia el año 450 y traída de Alemania por Felipe II para su biblioteca del Escorial y en la que se incluye un tratado de las «Hermitas antiguas y Hermitaños de España», especificando que «Adelardo Ginés, varón insigne en santidad, de Nación Francés, de la sangre Real de aquel Reyno y deudo muy cercano del Emperador Carlo Magno, siendo desterrado por embidias y emulaciones de enemigos, vino a España y hizo vida heremítica en un desierto cerca de la Ciudad de Cartagena, donde vivió tan santamente, que su memoria era con gran devoción celebrada en España. En conformidad de esto dice Luitprando que ciertos Franceses vinieron a España y en este lugar que habitó le edificaron un Monasterio año del Señor 877, sus palabras son éstas:

*Era 905. quidam Gali Faciunt Monasterium
Sancti Genesii apud Carthaginem Spartariam».*

Torres Fontes lo identifica con San Ginés de Arlés, catecúmeno y notario público en dicha localidad francesa, que fué decapitado por negarse a transcribir el edicto firmado por el emperador Maximiano de persecución contra los cristianos.

Se apoya para ello el ilustre medievalista en el *Liber Sanoti Jacobi* de Aymerico Picaud, escrito posiblemente en el siglo XII y al que hicimos ya referencia anteriormente, que recoge la tradición oral de los peregrinos del «camino francés» de Santiago sobre el traslado de la cabeza del Santo, a través del Ródano y luego por mar, a *Kartaginem urbem yspanorum*.

Prescindamos por un momento del ropaje con el que vistió al Santo la fantasía popular, de fácil detección por su enternecedora ingenuidad y también de los adornos eruditos de sus cronistas, mucho más peligrosos por supuesto, al manejar datos concretos de difícil estimación en ocasiones, y contemplando tan sólo el naufragio de un gran personaje, probablemente peregrino y francés, que llegaría a la costa dificultosamente, milagrosamente, como aún hoy denominamos a las empresas difíciles.

Su retiro, dedicación a la vida contemplativa, su espíritu de sacrificio y dedicación al servicio del prójimo, pudo llevarle al camino de la santidad en el más alto concepto humano y religioso de la palabra.

La intensa luz espiritual que San Ginés de la Jara difundió desde este Monasterio, durante el dilatado espacio de tiempo que transcurre desde la Edad Media hasta Lepanto, no precisaba ciertamente de este manto de leyenda tejido, con diversas intenciones, por su seguidores y devotos.

Ya bajo el reinado de los Reyes Católicos, D. Juan Chacón, Adelantado Mayor del Reino de Murcia, quiere contribuir a la propagación del culto a San Ginés de la Jara y reconstrucción del Monasterio y cuenta para ello con la Orden de San Francisco. Practica gestiones ante la Santa Sede, obteniendo la concesión de una bula del Papa Inocencio VIII en 10 de Febrero de 1491, concediéndole el Patronato del Emeritorio para él y sus descendientes, con la facultad de construir allí una casa convento dedicada a Santa María de la Encarnación, con iglesia, campanario, claustros, refectorio, dormitorios, y demás dependencias destinadas a tal fin, como asimismo cementerio, huertos, etc., para establecer en él ocho frailes franciscanos dependientes directamente del Ministerio General de la Orden.

El mayor esplendor del Monasterio transcurrirá entre los siglos XVI y XVII.

Paulo III concedió en 1541 la liturgia y culto de San Ginés, fijándose su festividad en 25 de agosto y Clemente VIII concederá jubileo perpétuo en 1599.

Según el Licenciado Cascales las obras practicadas por el Adelantado Chacón fueron muy austeras y será el P. Diego de Arce, Ministro provincial de Cartagena, con anterioridad a su designación para el Episcopado, el que realizará el sobrio y bello templo de fachada renacentista, claustro, dependencias y oratorios que todavía se conservan.

La exposición que formula Cascales sobre esta obra en sus Discursos, tenemos ocasión de comentarla en la descripción que, sobre el estado actual del Monasterio, incluimos en este informe.

Estima Torres Fontes que el culto popular a San Ginés de la Jara arriagó a partir del siglo XIV, celebrándose ya allí una importante romería, con la consiguiente divulgación de su leyenda.

La Jara constituye un poco de influencia religiosa que lleva el culto de San Ginés desde Aragón hasta Granada.

Se le considera patrón de la agricultura en diversos puntos de la Península, entre los que cabe señalar a Toledo y Cuenca, acogándose a su protección el cultivo de viñedos, devoción manifestada especialmente en Jerez de la Frontera, donde sigue tributándosele en 25 de agosto el homenaje nacional del gremio.

Finalmente se extenderá su culto sobre gran parte de Andalucía, de Jaén a Sevilla.

Los peregrinos llegan a la Jara por tierra y mar desde lejanos territorios y para limitar los peligros que ofrece el bandidaje, los piratas de la costa y moros granadinos, se erigen capillas con reproducciones de su busto en numerosas localidades del país.

El Concejo de Cartagena nombra a San Ginés de la Jara Patrono de la ciudad y su comarca en 27 de abril de 1677.

El Monasterio recibe importantes donaciones como la del conde de Cifuentes, cuartel de las galeras de España, consistente en una imagen de San Francisco y ricos ternos de raso, y el marqués de Santa Cruz enviará casullas y frontales.

Don Juan José de Austria, hijo de Felipe IV, visitará la Jara, donando un crucifijo, la banda de oro «que ceñía su cuerpo en la guerra y un soberano biril de plata, cubierto de oro», con esmeraldas y perlas, según las fuentes, con reliquias de Lignus Crucis traída en procesión desde esta ciudad.

Carlos II se sumará a esta extensa nómina de donantes haciendo entrega de un rico cáliz y patena.

Ascensio de Morales da cuenta en su «Representación o ynforme sobre las antigüedades de Cartagena» (1751), de su visita al Monasterio de San Ginés de la Jara y Ermita



111 Panorámica del Monasterio desde el Monte Miral. Al fondo la laguna a la que dió su nombre, conocida actualmente como Mar Menor.

del Monte Miral, que incluye en el ingenuo y bello mapa de Cartagena y su Campo, unido al informe.

Alude a la posible fundación de Pablo Orosio, discípulo de San Agustín y de la oposición a esta tesis de los benitos, que la atribuyen a «*Aderaldo Ginés*, varón ynsigne en santidad, de nazi3n franc3s...».

Tras relatar la conocida leyenda, manifiesta que «ha reconocido (El Monasterio) con particular cuidado todo 3l», si bien la informaci3n m3s importante corresponde a la Ermita de los Angeles, con la descripci3n de su pinturas murales.

La Feria de Cartagena se celebrará en los alrededores del Monasterio de San Ginés y de la Ermita de los Angeles desde el siglo XVII, a partir de la festividad del Santo, 25 de agosto, hasta finales de septiembre.

A veces se interrumpía por el desembarco de piratas y «desaparecían los feriantes, marchándose a sus lares y los frailes preparaban sus arcabuces para rechazar el ataque», como relata Federico Casal, Cronista de Cartagena.

Más tarde la ley de Mendizábal hará del Monasterio una casa de labor, pasando a propiedad particular en 1835.

Como dice Asensio Sáez, «el silencio del claustro se puebla de voces de gañán y las capillas, bajo las bóvedas pintadas por Barroso, con ángeles y santos nimbados, «pico-tean las gallinas en promiscuidad con los cerdos de aplastada trompa» y los buscadores de tesoros completarán la obra, profanando tumbas y demoliendo muros».

Se venderán exvotos y joyas, y terminará por desaparecer la biblioteca en la que todavía pudo ver Vargas Ponce una «Biblia Platiniana» excelente edici3n en 4.ª, de 1619, y el «Arte de Escribir de Iciar».

Desaparecerá la capilla de la Gloria, el claustro y refectorio sufrirá una malhadada reforma para su utilizaci3n como residencia campestre.

La Feria no sobrevivirá en la Jara al Convento y se trasladará su celebraci3n a Cartagena, donde alcanzará resonancia nacional.

En 1917 se funda la Cofradía de San Ginés de la Jara con sede en la Catedral Antigua de Cartagena, que organizará nuevamente las romerías hacia el Monasterio en 25 de agosto de cada año hasta su desaparici3n. En fechas recientes fue creada la Hermandad de Romeros de San Ginés de la Jara que intenta seguir esta tradici3n restituyendo la romería con la colaboraci3n de la Conserjería de Cultura y Educaci3n, Ayuntamiento de Cartagena y otras instituciones.

El último intento de devolver la vida monacal a la Jara se produjo al parecer, con la visita de Fray Justo Pérez de Urbel, Abad Mitrado de la Santa Cruz de los Caídos, tratando de instalar allí una comunidad benedictina que hubiera permitido su restauraci3n y conservaci3n.

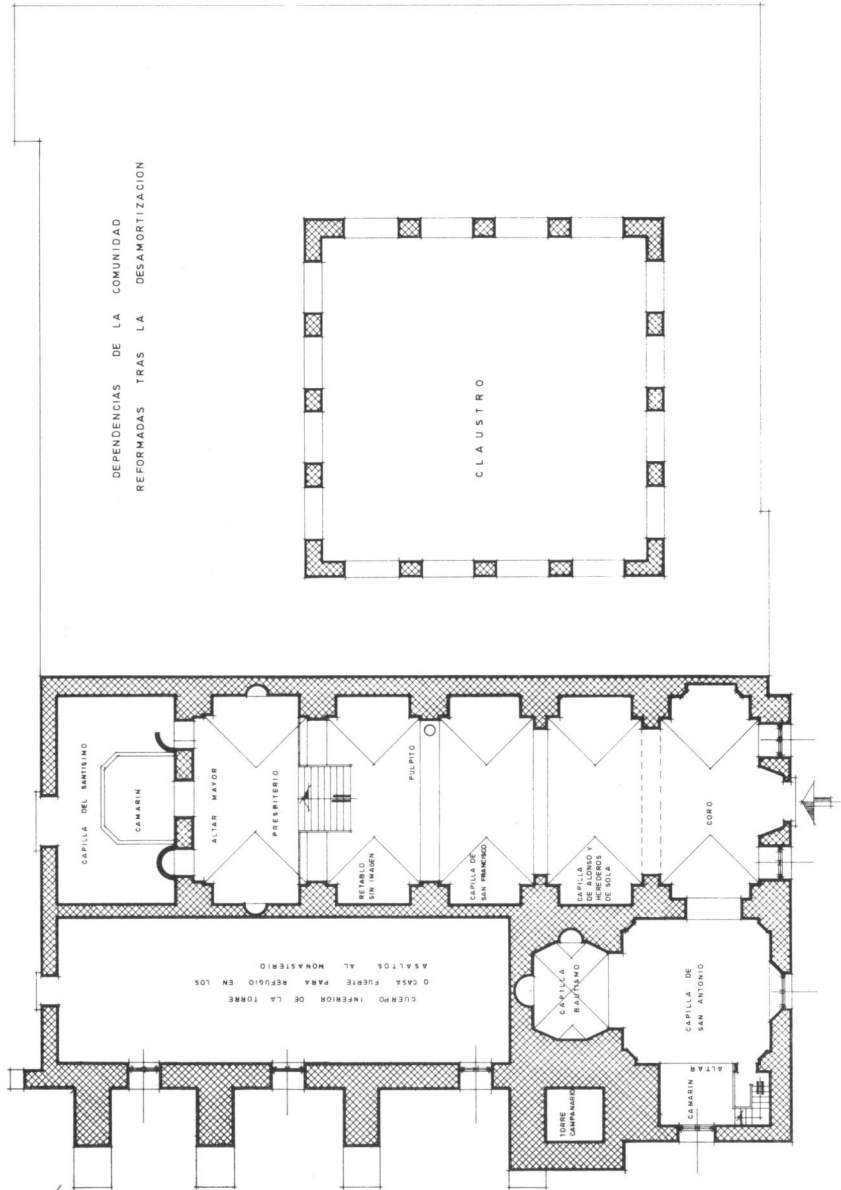
ASPECTOS ARTISTICOS Y ESTADO ACTUAL DEL MONASTERIO

El Monasterio de San Ginés de la Jara presenta actualmente planta rectangular, con superficie construida de 1.814 metros cuadrados.

Consta de dos partes bien diferenciadas: el ala izquierda que comprende fundamentalmente la Iglesia con la capilla Adyacente y torre del campanario, respaldada por la

MONASTERIO DE SAN GINES DE LA JARA.

PLANTA GENERAL.- 1.9.81



obra fortificada para refugio ante asaltos de piratas y corsarios, que ocupa una superficie total de 675 metros cuadrados.

La parte derecha con las antiguas dependencias del Monasterio: refectorio, dormitorios, porterías, almacenes, etc., se cierra sobre el antiguo claustro, completando con sus 1.139 metros cuadrados, la superficie total expresada.

Las fachadas del Monasterio presentan en su fábrica las huellas de sucesivas reformas y restauraciones. Densas capas de enlucido enmascaran la imagen arquitectónica que debió ofrecer en la época de mayor esplendor, tras las obras de ampliación y embellecimiento que realizara el P. Arce entre 1595 y 1598.

Conserva la portada de la Iglesia, orientada al oeste, arco de medio punto y sobria ornamentación renacentista.

Este acceso queda enmarcado por pilastras, que sostienen el entablamiento sobre el que aparece partido el frontón triangular, para dejar espacio al escudo de la Orden Franciscana.

Sobre él, en solitario, el de la Casa de los Fajardos, patronos del eremitorio.

Esta dualidad heráldica simboliza la simbiosis en la que vivió el Monasterio en un importante período de su vida.

A ambos lados sendas ventanas, parcialmente cegadas, y otra de mayores dimensiones sobre el escudo últimamente citado.

Esta fachada de la Iglesia ha perdido su cuerpo superior, con pequeño frontón triangular y ventana centrada en él, que todavía conservaba en 1929, según puede comprobarse en la fotografía publicada por Mediavilla en su obra «Lecturas Históricas de Cartagena».

Esta prolongación de la fachada podía cubrir el posible tejado de la Iglesia, a cuya desaparición se construiría la actual terraza.

A continuación cierra este lado frontal de las construcciones monacales, la fachada de la capilla de San Antonio, adyacente a la Iglesia, sin decoración alguna, con ventanal y reja de hierro forjado bajo tejado a cuatro aguas.

Detrás de esta capilla, en el lado N. del Monasterio, se encuentra la torre con los dos cuerpos superpuestos inferiores de planta cuadrangular, y el tercero octogonal, que alberga el campanario abierto a los cuatro puntos cardinales.

El tejado, en forma de cúpula, bajo cruz de hierro forjado, es asimismo de teja de cañón, con vestigios de vidriado.

El lado norte del Monasterio (tras la torre-campanario) lo constituye una sólida obra de defensa para refugio de la comunidad y peregrinos durante los frecuentes asedios, de la que sólo restan los contrafuertes al desmoronarse su coronación.

El resto de las fachadas han sufrido importantes reformas que alteran sensiblemente sus primitivas características.

La entrada al claustro se practica por la cara sur, a través de una segunda estancia abierta por un arco, con pequeña escultura de San Ginés en la clave.

Junto al ángulo izquierdo de este lado está empotrada en el muro una lápida romana con graffa de buena época, en caliza blanca (0,78 por 0,25 m.) y la siguiente inscripción:

C N V M I S I V S

Desconocemos la exacta procedencia de esta lápida de Caio Nvmisvs cuya correcta conservación exigiría su traslado al Museo de Cartagena para integrarle en la importante colección epigráfica que en él se exhibe.

Se accede al Monasterio por la única puerta correspondiente al citado arco de la fachada principal y a través de una cancela con puertas auxiliares de cuarterones.

La Iglesia es de nave única, con bóveda de cañón sobre lunetos, dividida en cinco tramos sucesivos, separados por las bases de los pilares, ofreciendo huecos a los altares que describiremos más adelante.

Techos y muros conservan restos de pinturas de baja época que respetaron la gruesa capa de encalado con la que se ocultó su primitiva fábrica. Las molduras de arcos, lunetos, pechinas, pilastras, etc., aparecen pintadas en un detonante azul.

En el último de estos tramos se encuentra el presbiterio al que se accede por una gran escalera central de igual pavimento que el de la Iglesia, grandes losas de cerámica roja en las huellas, protegidas por mamperlán de madera y bello mosaico de finales del XVII o principios del XVIII, con decoración zoomorfa en las tabicas. Todo ello protegido por sobrias barandas de hierro forjado.

Por la derecha del altar se pasa a otra capilla trasera que cierra la cabecera de la Iglesia.

El coro está situado a los pies, sobre los dos primeros tramos, sostenido por arcos de medio punto.

El primer tramo presenta a la derecha el hueco de una desaparecida capilla y por el de la izquierda se tiene entrada a la adyacente ya citada, dedicada a San Antonio.

Ofrece esta capilla bóveda con pinturas, de cuatro personajes religiosos, de los que sólo puede intentarse su identificación en los dos situados a cada lado del altar.

Es precisamente este retablo el de mayor calidad artística de todos los conservados en la Iglesia. Se trata de una bella pieza barroca posiblemente del XVIII, bellamente policromado, que conserva, pese al total abandono al que está sometido el Monasterio, toda la riqueza de su colorido, realizada por la buena calidad del oro empleado.

El escudo franciscano que lo corona nos facilita el dato de su origen.

La imagen de San Antonio buena talla barroca de la misma época, mutilada en su mano izquierda, sostiene con la diestra la figura del Niño, de mayor calidad artística.

El camarín, al que se llega por escalera lateral con baranda de madera torneada, goza todavía de buena conservación.

Debe hacerse notar que esta capilla no aparece descrita en las narraciones de la Iglesia que formulan el Licenciado Cascales y Campillo de Bayle —en realidad debe contar la primera, ya que la segunda sigue a aquella—, lo que podría indicar que su construcción fue posterior a la visita del ilustre historiador murciano.

En el muro a la izquierda del altar, existe una lápida funeraria en mármol, referida al enterramiento del Teniente General Francisco de Paula Ruiz y su esposa, fechada en 1865.

En el suelo, frente al altar se encuentra el panteón de la familia Starico y Ruiz, cuya lápida se encuentra fuera de su emplazamiento.

Una tercera lápida aparece junto al muro, sin referencias de su exacto emplazamiento.

Junto al muro de la izquierda se halla un confesionario de madera, en cuarterones, de análoga cronología a la capilla.



Imagen de San Ginés de la Jara.

La pequeña capilla del Bautismo se halla a la derecha, cerrada por una sencilla verja de hierro. Junto al muro frontal se encuentra la pila, tosco vaso en forma de copa, de piedra gris y sobre ella una hornacina vacía. En el de la derecha otra de menor tamaño, y en el de la izquierda la puerta de acceso a la torre-campanario.

De las «seis capillas colaterales que tiene el templo, tres a cada lado», según Cascales y Campillo de Bayle, sólo quedan los retablos, parcialmente conservados, del lado izquierdo.

En primer lugar la de «D. Alonso González y Herederos de Sola», retablo en madera con decoración barroca pintada, que ha perdido la imagen y tres cuadros que debieron figurar a ambos lados de la vacía hornacina y sobre ella.

El panel del fondo de dicha hornacina, pintado en azul y tachonado de estrellas, deja ver los restos de otra capilla más antigua oculta detrás de ella con gran venera.

A continuación la capilla dedicada a San Francisco, imagen también desaparecida, donada por el Conde de Cifuentes, cuatralbo de las Galeras de España, según las indicadas fuentes y sustituida posteriormente por otra de San José, publicada por Mediavilla y que tampoco existe en la actualidad.

Se conserva el retablo barroco de columnas salomónicas, en noble madera, conservada en su color natural con retoques dorados y ángeles policromos a ambos lados de la vacía hornacina.

La tercera capilla mantiene en relativo buen estado el pequeño retablo, también sin imagen, con sencilla pero buena decoración barroca de fuerte influencia rococó, en talla dorada.

Las capillas del lado derecho desaparecieron en su totalidad y sólo quedan restos en los muros de las pinturas decorativas ya comentadas. Cabe destacar únicamente el bello púlpito de hierro forjado.

El Retablo Mayor que se conserva en la actualidad es obra del siglo XVIII, debida al pintor Pablo Sistori, el gran maestro italiano de la escenografía y *quadratura* que nos dejó gran parte de su obra en numerosos retablos de templos murcianos como los de Santa Eulalia, San Juan de Dios, Jesús, Catedral, sin olvidar las magníficas pinturas de la Iglesia de Santiago de Liétor o las de San Salvador de Jumilla.

Debemos destacar la información que sobre el antiguo retablo hace Campillo de Bayle, al hilo argumental de su novela «Gustos y disgustos del Lentiscar de Cartagena», siguiendo siempre a Cascales y que resumimos por su gran valor informativo.

Se llega a él por «siete gradas de finísimos azulejos, en donde destaca la figura de San Ginés. En la «circunferencia del campo tiene repartido ocho cuarteles» con pinturas relativas a milagros del Santo. A los lados los Padres de la Iglesia, hijos de Cartagena los cuatro hermanos santos, San Isidoro, San Leandro, San Fulgencio y Santa Florentina.

«Arriba hacen remate dos cuadros del Salvador y la Virgen, sustentados de ángeles, pintura excelente del insigne español Barroso».

Encima, «hay un balcón saledizo, dosel que resguarda la majestad del retablo, y en su convexo ángeles con varios instrumentos (musicales)».

«Dándole pie un pequeño altar con pinturas en el que figuran el Autor, el Santísimo Sacramento con Santos Padres de la Iglesia».

En el camerín del actual altar pintado, bajo arco enmarcado con representación de dobles columnas de orden corintio, se halla la imagen de San Ginés de la Jara, noble talla barroca que alza una cruz en la mano derecha.

El fondo del camarín y el del sagrario conservan su primitiva decoración policromada.

En las hornacinas de su izquierda y derecha, existen una buena talla de la Dolorosa, y una imagen vestida no identificada.

Aparece tapiada la capilla subterránea bajo el altar, donde según la tradición estuvo enterrado San Ginés y que en tiempos de Vargas Ponce conservaba todavía pinturas murales.

«Tiene a las espaldas el dicho altar mayor la capilla del Santísimo», nos dicen las citadas fuentes, con pinturas e inscripciones en latín y castellano, donde estaba el Sagrario para mayor seguridad ante «la injuria que se pueda temer de corsarios, herejes y de moros piratas.»

El lamentable estado de esta capilla resulta evidente. El hundimiento del muro de cerramiento de la cabecera de la Iglesia la expone a las inclemencias del tiempo y acelerará su total ruina a corto plazo, anunciada ya por las profundas grietas que aparecen en sus muros.

Milagrosamente se conservan las caras exteriores del camarín, profusamente tallado, aunque perdida ya la policromía primitiva.

Una leyenda alusiva a la vinculación de don Juan de Austria con la capilla y transcripción del Salmo 71, que a modo de friso circunda los muros, se borra lentamente.

El coro está situado, según se dijo, a los pies de la nave, conservando todavía el mueble del órgano, con ornamentación barroca, pintada sobre fondo blanco hueso y completa sillería de sobrio diseño, todo ello susceptible de completa restauración.

La comunidad tenía entrada al coro por una puerta situada a la derecha, frente al altar mayor, desde la segunda planta del claustro, cuya techumbre aparece totalmente hundida.

El Monasterio había sufrido ya reformas en la época de la información que venimos comentando, pero guardaba todavía una importante serie de pinturas entre las que sobresale un gran cuadro del refectorio sobre la Santa Cena, pintado por encargo de D. Juan de Austria, donde se representaba a San Ginés de la Jara recogiendo las migas de la mesa.

Conservaba no obstante el claustro cierta armónica arquitectura de influencia mudéjar en sus dos plantas, cuatro arcos en la primera y ocho en la segunda, cuando fue sometido a una nueva y nefasta reforma, para convertirlo en un pseudo patio andaluz, ocultando bajo una capa de grueso enlucido los pilares y paños de ladrillo rojo y las dovelas de los arcos con estucos bicolores.

Subsiste todavía uno de los cuatro frondosos limoneros plantados en cada una de las esquinas.

Conocemos a través de Cascales y Campillo de Bayle que en el centro del patio se hallaba una «basa redonda de rojo ladrillo con larga columna de mármol blanco», que sostenía una escultura de San Simeón Estilita.

Al patio, continúan las expresadas fuentes, daba la sala del marqués de Vélez y frente a ella la hospedería para albergar a los peregrinos.

Los largos períodos de inseguridad por los que atravesó el Monasterio hicieron necerías la disponibilidad de obras de defensa.

La fortificación unida a la nave de la Iglesia, tras la torre-campanario, aludida al exponer el conjunto de las fachadas, había perdido ya su segundo cuerpo cuando la

vió Vargas Ponce y era utilizada entonces como Portería. «La tenía el convento para guarecerse de los asaltos de los moros, donde había esmeriles, que se conservan», informa el ilustre marino.

Campillo de Bayle nos da una impresión exaltada de su situación antes de la reforma.

«Tiene a mano derecha, como a más antigua, valentísima torre alcazar y fortaleza de aquella casa, con pertrechos de esmeriles para las urgencias, pedreros para los acosos, mosquetes para los sucesos y todo para su defensa. Que el que está a vista del peligro debe poner vigilancia en su resguardo: armas prontas, para que en las ocasiones las usen los religiosos: que no desdice del estado, lo que es preciso de la necesidad».

En vértices estratégicos del cerramiento del huerto existen todavía toscas garitas de ladrillo y mampostería, con troneras para arcabuces y fusilería.

Se conserva en el interior de los muros un magnífico huerto de limoneros, naranjos, palmeras y diversos árboles frutales, que imprimen carácter a la fisonomía del monasterio de la Jara.

Los autores citados nos describen también este huerto, con alberca que aún conserva, fuentes y quince oratorios equidistantes, correspondientes a los misterios del Rosario.

EL MONTE «MIRAL» Y SUS ERMITAS

El Monte Santo, situado frente al Monasterio de San Ginés de la Jara, es aquel cerro que Fray Melchor de Huélamo llamara ya Monte Miral, «que es nombre corrupto de *mineral*, porque están allí las minas cavadas y las herrerías de donde los fenicios y cartagineses y romanos, en otros tiempos sacaron tantas riquezas...».

Nos dicen las fuentes que había en él nueve ermitas, dedicadas sucesivamente a San Pablo, primer ermitaño, San Hilarión, San Antonio Abad, a la penitente Magdalena, San Jerónimo y al Niño Bautista.

La octava ermita llamada de los Angeles, fue erigida según la tradición por el propio Santo, ayudado por los ángeles. En el centro de ella existían dos oquedades atribuidas al roce de las rodillas de San Ginés durante sus prolongados rezos.

La nona y última ermita estaba dedicada a San Francisco.

La ermita de los Angeles está situada en el pétreo espolón de este Monte Miral, expuesto durante muchos siglos a los rigores del tiempo, tormentas y fuertes vientos y ello ha contribuido principalmente a su actual ruina.

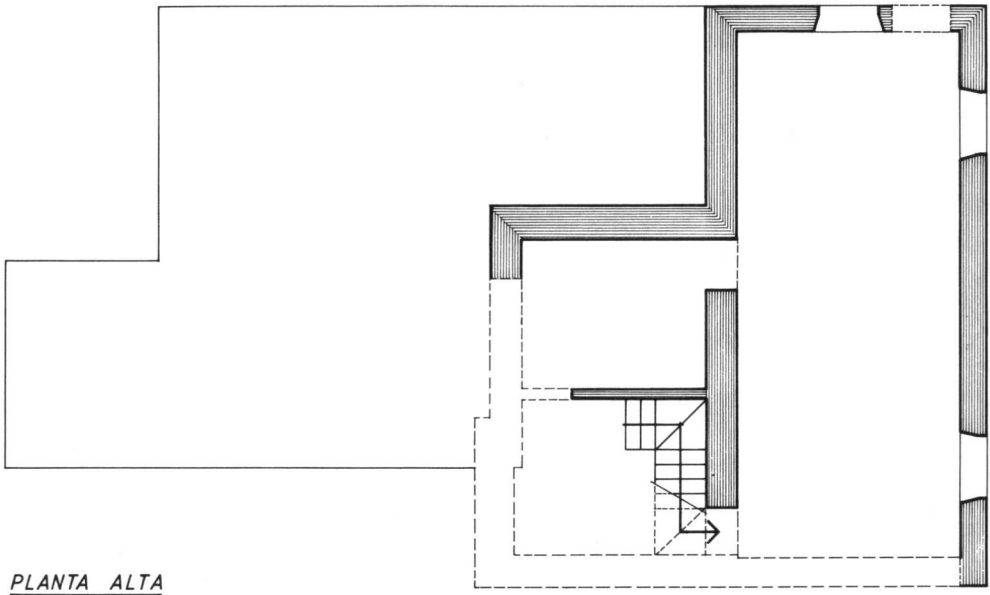
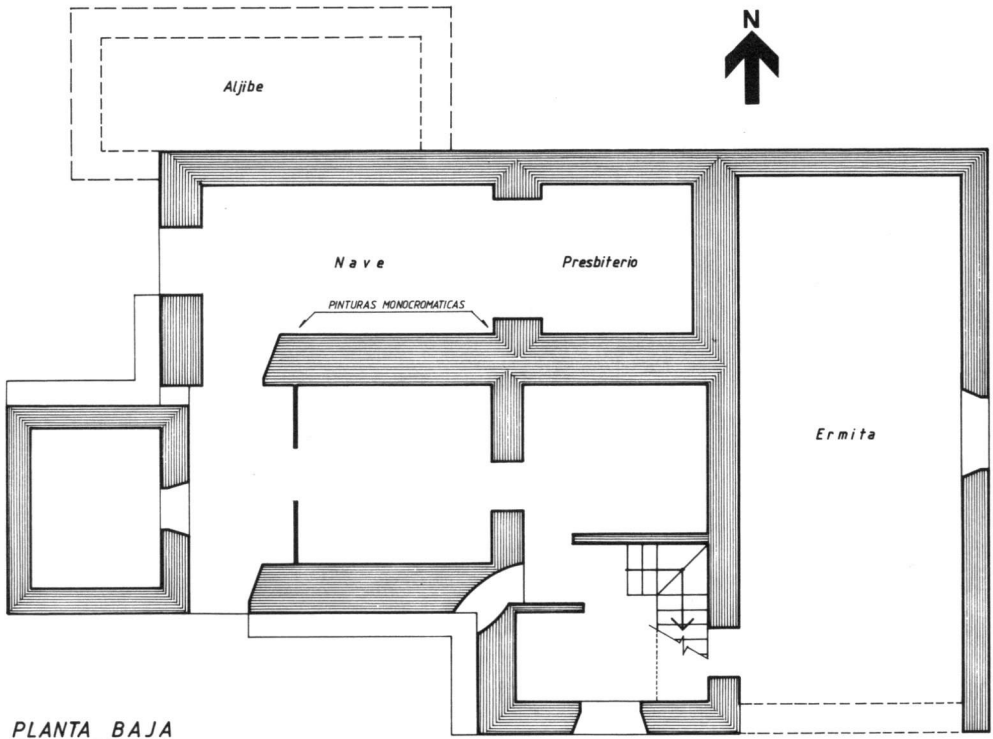
Los expoliadores y buscadores de tesoros, tanto en ella como en el Monasterio que se encuentra a sus pies, completaron la destrucción.

La fachada principal que ha perdido la espadaña, se alza ante una pequeña explanada, que corta el fuerte talud del Monte, orientada al Este.

Su fábrica la constituyen cajones de mampostería entre hiladas de ladrillo, que enmarcan asimismo la puerta de acceso a la ermita y los dos ventanales situados en el paño superior entre las cuales campea el anagrama de AVE MARIA, escrita en grandes caracteres con fragmentos de mineral a guisa de toscas teselas.



Vista de conjunto de la Capilla de los Angeles del Monte Miral por la parte trasera. Pese al derrumbe de techumbres y partes superiores de sus muros, conserva todavía el trazado de su planta y los materiales constructivos que facilitarían su restauración. Arriba el aspecto que presentaba en los años veinte.



Tanto la nave rectangular de la Ermita que respalda esta fachada en toda su longitud, como las dependencias interiores, escaleras, etc., perdieron la techumbre de tejas de cañón que, aparece abatida sobre sus muros, derrumbando la segunda planta.

Solo resistió estos avatares la sólida bóveda de cañón de la pequeña capilla situada al lado izquierdo del muro posterior de la Ermita, construcción que debió realizarse a fines del siglo XVI, a juzgar por las características de su fábrica. La última remodelación de la capilla y dependencias anexas hubo de practicarse entrado ya el XVIII, dotándosele de cubierta única al conjunto, en la forma en la que aparece en fotografías antes de iniciarse su actual ruina.

Se trata de una reducida nave continua, de planta rectangular, de algo más de 8 metros de longitud por 2,5 de anchura y 1,68 al estribo de la bóveda, con altura total sobre el desaparecido pavimento de 2,70 metros.

El presbiterio es de planta cuadrangular (2,5 m. de lado) con pequeña cúpula esquinada con óculo en su vértice superior y decoración fitomorfa en amarillo-dorado, con oscuros contrastes.

El muro frontal presenta restos de la obra que fijaba el altar y los laterales las improntas de los desaparecidos azulejos de 15 x 18 cm. que componían el zócalo de 1,15 m. de altura.

En las paredes de esta capilla se conservaban años atrás restos de frescos ennegrecidos por el humo de las hogueras, con representación de personajes religiosos no identificables.

Todas estas pinturas acusan las huellas de las piquetas de los expoliadores empleadas en la concienzuda obra destructora que afecta a todas las paredes decoradas de la capilla.

Separa el batipsterio del resto de la nave un arco de medio punto.

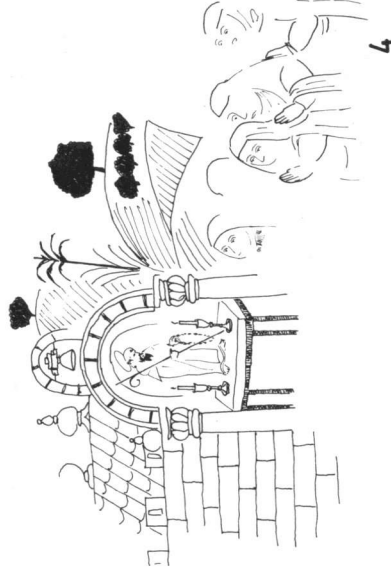
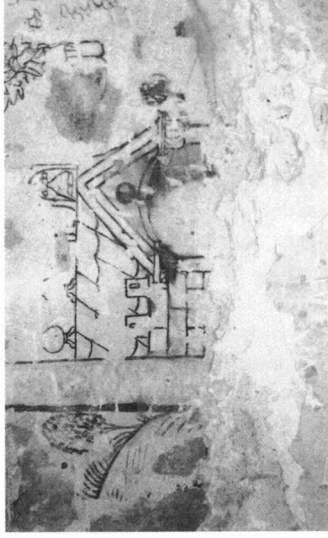
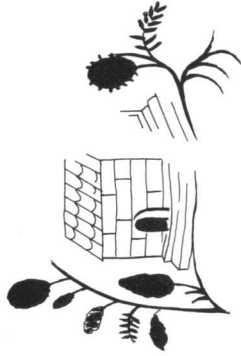
La capilla está comunicada con el interior de la Ermita por una puerta en arco situada en el muro de la izquierda del altar, junto a la entrada.

Se aprecian todavía las capas de enlucido que cubrieron la argamasa de estos muros, cubierta posteriormente por un estuco rojo en su parte superior, incluida la bóveda, y azul claro en la parte inferior a modo de zócalo.

El desprendimiento de grandes fragmentos de dicho estuco puso al descubierto pinturas monocromáticas, realizadas en negro intenso sobre el blanco de dicho enlucido que cubrían, a modo de panel, el lado derecho con representaciones de San Ginés recolectando espigas y su imagen en el interior del templo, siguiendo a continuación esquemáticas perspectivas del Monasterio, iglesia, y obras fortificadas, con escenas de romería o peregrinaje enmarcadas en el paisaje de la Jara.

Gracias a la práctica de los calcos ya aludidos al principio de este trabajo, podemos hoy conocer esta entrañable información gráfica sobre la vida y fisonomía, de marcado carácter medieval, del Monasterio, ya que en reciente visita que hemos girado a la Jara para completar y actualizar nuestros datos, hemos podido comprobar la casi total desaparición de estas pinturas, cuyos mínimos restos identificamos a la vista de nuestros dibujos.

El panel del expresado muro, que reconstruimos en esquema, presentaba las siguientes representaciones, descritas de izquierda a derecha.



*Localización de las pinturas monocromáticas
del muro izquierdo de la capilla del Monte Miral*

Escena de San Ginés recolectando u ofreciendo espigas, de la que sólo se conserva la parte superior. Se presenta al Santo con noble rostro y frente agrandada por la calvicie, que respetó un mechón sobre ella y mayor abundancia capilar en la parte posterior del cráneo, donde emerge la aureola o halo en forma de disco con rosetón central.

Viste túnica plegada, recogida a la cintura con fajín o cingulo, bajo la cogulla o hábito monacal, terminado en la parte superior trasera en una capucha.

A continuación, pequeña construcción de sillería con techumbre de teja de cañón y puertas de arco, enmarcada por motivos fitomorfos, que podría corresponder a dependencias del Monasterio, o, posiblemente, a una de las capillas que existieron en el huerto o en las del Monte Miral.

Sigue la fachada del Monasterio, con restos, al parecer de torre, murallas, iglesia, etc., que debían ser prácticamente iguales a la mejor conservada del extremo opuesto, (que describimos a continuación), con la sola excepción de que la puerta del templo aparece aquí bajo un frontón triangular con óculo en el entablamiento.

Por último, la escena que mayor información nos ofrece, situada en la parte inferior de la derecha, hace referencia a una peregrinación al Monasterio.

Aparece el ángulo opuesto del Eremitorio protegido por análoga torre que la anterior, con muralla de sillería rematada por almenas de ballestas y cubierta a dos aguas de teja de cañón con adornos cerámicos o pináculos sobre el caballete.

Puerta de arco de medio punto, dovelada, sobre columnas de capiteles orientalizantes y sobre él, la espadaña con igual tipo de arco, quizás peraltado, que alberga una sola campana.

A través de dicha entrada se ve el altar mayor con la esfigie del Santo entre los candelabros escendidos, portando en la mano derecha un báculo y en la otra el rosario.

Un grupo de figuras femeninas con manto sobre la cabeza y manos unidas en actitud orante, se dirigen hacia el interior del templo.

Al fondo paisaje de la Jara, suaves lomas que pueden corresponder a las estribaciones del Monte Miral, con palmera y arbolado de ramaje globular.

Entre las diferentes hipótesis que nos plantea la identificación de estas figuras femeninas consideramos la posibilidad de una posible peregrinación morisca, recordando la información que nos ofrece a este respecto Huélamo y Ortega sobre la devoción musulmana a San Ginés:

«... las Moras Africanas y Berberiscas que ay en Murcia y Carthagenas y por esta tierra (y aun en parte de Africa) tienen por cierto, que sant Gines fue de su tierra...».

«... que concurren a solemnizar su día, no solo los Moros, y las Moras que se hallan Esclavos en todo este Reyno, que son muchos, sino es tambien algunos, que suelen venir, de intento, de varias partes de Berberia...».

Hubo de excluirse tal hipótesis fundamentalmente por sus indumentarias, ya que el manto y tocado que lucen no responden a las características de los trajes musulmanes del Norte de Africa: mantos, *ügāiya* (chales), *refsari* o *baik* (según se confeccionen en seda/algodón o lana).

No hubiera sido motivo excluyente el hecho de que no oculten sus rostros, ya que diversas etnias musulmanas, como los bereberes, carecen de tal costumbre.

La actitud orante, de manos unidas, y sus indumentarias nos llevan a considerar que el cortejo lo componen un grupo de religiosas cristianas vestidas con sus hábitos de tradición medieval, que utilizaron la mayor parte de las monjas hasta fechas todavía recientes.

Las pequeñas ermitas o refugios que aún subsisten en el Monte Miral conservan los muros de mampostería y ladrillo, mostrando al descubierto los cerramientos de sus pequeñas bóvedas al haber desaparecido las techumbres.

Todo lo expuesto acredita plenamente la importancia histórico-artística a nivel nacional del Monasterio de San Ginés de la Jara y sus ermitas del Monte Miral.

Desde el punto de vista histórico puede afirmarse que este Monasterio constituye un intenso polo de influencia cultural y religioso desde la Alta Edad Media, que adquirirá singular valoración en la Reconquista, para entrar en su mayor esplendor bajo el reinado de los Reyes Católicos. Su zona de influencia se extenderá por gran parte de la Península y Norte de África.

La evolución de la arquitectura religiosa a través de los períodos históricos por los que transcurre y el acervo artístico todavía conservado en él, susceptibles de restauración, justifican ampliamente el segundo criterio.

El Ministerio de Cultura estimó en 1961 que el procedimiento idóneo para detener el proceso de gran deterioro que venía sufriendo el Monasterio y ermitas, «acelerado peligrosamente en los últimos años», lo constituía su declaración de MONUMENTO HISTORICO-ARTISTICO DE CARACTER NACIONAL, con la aplicación de las medidas que tal cualificación comportaba y a tal fin se me interesó la redacción de la correspondiente memoria-informe.

La Dirección General de Bellas artes aprobó seguidamente la incoacción de expediente para esta declaración por Resolución del 20 de Octubre del mismo año (B.O.E. n.º 300, 16-12).

Finalmente, previos informes favorables de la Real Academia de la Historia y de la de Bellas Artes de San Fernando, se le declaró en 1984 monumento histórico-artístico de carácter local, nivel máximo que podía concedérsele, ya que era éste el nivel que se le proponía en primera instancia en la consulta del expresado Centro Directivo.

El Ayuntamiento de Cartagena se opuso inmediatamente a dicha calificación mediante escrito aprobado en Pleno del mismo año y que hizo suyo la Consejería de Cultura y Educación de la Comunidad Autónoma, iniciándose nuevo expediente que, desde el expresado año 1984, permanece en el más absoluto de los olvidos.

Nuestra reciente visita al paraje de la Jara ya citada nos ha permitido confirmar que el acelerado proceso de deterioro del Monasterio, que denunciábamos hace tres años, ha llegado a la situación de ruina inminente, como lo testimonian la pérdida de cubiertas, grietas y el derrumbe parcial del muro de carga correspondiente a la fachada de la Iglesia.

Como consecuencia de la total ausencia de medidas de seguridad observadas en el Monasterio han desaparecido o sufrido grandes daños cuadros, elementos decorativos y tallas como la de La Dolorosa, cuyo robo se hizo público por la prensa no hace mucho tiempo. La imagen del propio Patrón de Cartagena, San Ginés de la Jara y asimis-

mo Patrón Nacional de la Viticultura, obra del Maestro Juan Pascual que presidía el altar mayor, se encuentra actualmente al parecer en paradero desconocido para las Autoridades a quien compete la conservación de nuestro patrimonio histórico-artístico.

Sobre esta peligrosa situación de ruina material soplan rumorosos vientos, no menos peligrosos, sobre el futuro destino de los locales de este «Convento denominado de San Ginés de la Jara, de su Iglesia, con imágenes, reliquias, etc.» como se definen en la prosa legal del Registro de La Unión.

Urge pues culminar la declaración de Monumento Histórico-Artístico de carácter nacional a favor del Monasterio de San Ginés de la Jara y ermitas del Monte Miral y proceder, de acuerdo con la propiedad, a consolidar y restaurar la fábrica, capillas e imágenes de este entrañable Eremitorio, previa la práctica de prospecciones arqueológicas en su entorno que permitan obtener información documentada sobre el transcurso de su dilatada historia.

Finalizada esta restauración y devuelta al culto su iglesia, podrá considerarse la utilización de los locales disponibles para la posible reconstrucción de su biblioteca monográfica, celebración de symposiums, seminarios, conferencias, ciclos de música religiosa, etc.

Conmaría nuestro deseo que esta última lanza rota por la precaria causa del Monasterio de San Ginés golpeará la sensibilidad de quienes depende su salvación, autoridades, mundo intelectual y pueblo en general, directo beneficiario de este acervo cultural de La Jara.

Será también el mejor homenaje que podría tributarse a los que como el Prof. Torres Fontes han dedicado su vida profesional a rescatar los testimonios históricos que forjaron la personalidad de los hombres de esta tierra.

BIBLIOGRAFIA

- AL HIMYARI. *Kitab ar Rawd al Mitar*. Trad. de M.^a Pilar maestro González. Valencia, 1963, pp. 304-5.
- ANGOSTO Y LAPISBURU, L. *San Ginés de la Jara. Patrono de Cartagena y Purchena. Breve reseña de su vida, milagros y culto*. Cartagena, 1917, 24 pp.
- BELLOT, Mosén Pedro. *Anales de Orihuela*. Edic. Torres Fontes, I. pp. 44 y 51.
- BOFARULL Y SANS. *La carta de Perpiñan*, 21-V-1272. pp. 917.
- CAMPILO DE BAYLE, G. *Gustos y disgustos del Lentiscar de Cartagena. (Gusto y Disgusto Nono, Descripción del maravilloso Convento de San Ginés de la Jara en el Campo de Cartagena)*. Murcia, 1689, Reed. Almenara, Madrid, 1940, pp. 127-215.
- CAÑABATE NAVARRO, E. *Historia de Cartagena desde su fundación a la monarquía de Alfonso XIII*. Cartagena, 1955, pp. 150-154.
- CASCALES, F. *Discursos históricos de la ciudad de Murcia*, p. 271.
- COLAO, A. *Descripciones de Cartagena en el siglo XVI*. Col. Almarjal, Cartagena, pp. 59-85.
- *Descripciones de Cartagena en el siglo XVI*. Col. Almarjal, Cartagena, pp. 48-50.
- GARCÍA GÓMEZ, E. «Observaciones sobre la «qasida maqsura» de Abu l-Hasan Nazim al Qartayanni». Madrid, 1938, *Al-Andalus*, I, 92.
- GARCÍA DEL TORO, J. «El Monasterio de San Ginés de la Jara». *La Verdad*, Murcia, 2-7-78.
- HUELAMO, Fray Melchor de. *Vida y milagros del glorioso confesor Sant Gines de la Xara*. Murcia, 1906, fol. 18 v.
- HUICI, A. «Colección de documentos de Jaime I». III, 2.^a, 209-1. *Congreso de la Corona de Aragón*, 1913, II, 890.

- IBÁÑEZ GARCÍA, J. M. *La ermita de San Ginés de la Jara en Murcia*. (Monografía histórico-hagiográfica). Archivo Mun. Murcia, Ms, 473, 181 cuartillas.
- IBÁÑEZ DE SEGOVIA, G. Marqués de Mondéjar. *Memorias historicas del rei D. Alfonso el Sabio i Observaciones a su Cronica*. Madrid, Ibarra, 1777, pp. 241-5.
- LIBER SANCTI JACOBI. CODEX CALIXTINUS, Cap. VIII. Transcripción de Walter Muir Whitehill, Santiago de Compostela, 1944, p. 360. YVES BOTTINEAU, *les Chemins de Saint-Jacques*, Arthaud, 1964, p. 72, agrega «la colonne de Saint Genés demeure en place jusqu'à début du XIX siècle dans le faubourg de Trinquetailles».
- MANSILLA REOYO, D. *La iglesia castellano-leonesa y la Curia romana en tiempos del rey San Fernando*. Madrid, 1945, p. 90.
- MÁRQUEZ, Fray Juan. *Origen de los frayles hermitaños de la O. de San Agustín y su verdadera institución antes del Concilio Lateranense*. Salamanca, Imp. Antonio Rodríguez, 1618, 442 pp. vid. pp. 288-290.
- MÁS GARCÍA, J. *El puerto de Cartagena. Rasgos geográficos e históricos*. Cartagena, 1979, 52-53.
- *Monasterio de San Ginés de la jara. Ermitas del Monte Miral*. (Informe-Memoria declaración Monumento histórico-artístico). Ministerio de Cultura, Cartagena, 1981.
- MENÉNDEZ PELAYO, M. *Historia de los Heterodoxos españoles*. Edic. C.S.I.C., Santander, 1947, II, 318-322.
- MERINO ALVAREZ, A. *Geografía histórica de la actual provincia de Murcia*. Madrid, 1915, p. 156.
- MIRET Y SANS. *Itinerari de Jaume I*, p. 162.
- MONTSALVATJE Y FOSSAS, F. *El obispado de Elna*. Olot, 1915, tomo IV, pp. 135-160.
- MOYA GARCÍA, M. L. *Pablo Sistori. Un pintor italiano en la Murcia del siglo XVIII*. Academia Alfonso X el Sabio, Murcia, 1983.
- POCKLINGTON, R. «Toponimia Musulmana del campo de Cartagena». *Historia de Cartagena*, T. V, Murcia, 1987, (en prensa).
- «Antecedentes mozárabes y musulmanes del culto a San Ginés de la Jara». *Historia de Cartagena*, T. VI, Murcia, 1987, (en prensa).
- MUÑOZ BARBERÁN, M. «La Historia de San Ginés de la Jara». *La Verdad*, Murcia, 4-2-79.
- NEBOT FAXARDO, D. *Vida prodigiosa y admirable de el esclarecido San Ginés de la Xara*. Sevilla, Juan Basoas, 1749, 176 pp.
- RACKOW, E. *El traje musulmán femenino en Africa del Norte*. C.S.I.C., Madrid, 1953.
- RUBIO PAREDES, J. M. *El cuaderno arqueológico de Cartagena por Ascensio de Morales*. Edit. Academia Alfonso X el Sabio, Murcia, 1979, pp. 22, 66 y 67.
- SÁEZ, A. *Monasterio de San Ginés de la Jara*. Col. Almarjal, Cartagena, 1968, p. 63.
- SAGARRA, Ferrán de. «Segells del temps de Jaume I». *Congreso de Historia de la Corona de Aragón*, 1913, II, 1.037.
- TORRES BALBÁS, L. «Rabitas hispano-musulmanas». Madrid, 1948, *Al-Andalus*, XIII, fasc. 2, p. 476.
- TORRES FONTES, J. *El Obispado de Cartagena en el siglo XIII*. Madrid, 1953, pp. 29-34.
- «Privilegios de Fernando IV a Murcia». *Anuario de Historia del Derecho Español*. Madrid, 1949, XIX, doc. IV.
- *Repartimiento de Murcia*. Murcia, 1961, pp. 159-213.
- *El Monasterio de San Ginés de la Jara en la Edad Media*. Acad. Alfonso X el Sabio, Murcia, 1965.
- «La Orden de Santa María de España y el Maestre de Cartagena». Murcia, 1957, *Murgetana*, X, pp. 95-102.
- TORRES FONTES, J. y MOLINA MOLINA, A. L. «Incorporación de Cartagena a la Corona de Castilla». *Historia de Cartagena*. T. VI. Murcia, 1987, (en prensa).
- VARELA HERVIAS, E. «Historia de San Ginés de la Jara», Murcia, 1961, *Murgetana*, XVI, pp. 77-117.
- VÁZQUEZ DE PARGA, L.; LACARRA, J. M. y URÍA, J. *Las peregrinaciones a Santiago de Compostela*. Madrid, 1948, II, 43.
- VARGAS PONCE. -Manuscritos de la Colección...- Vicent, G. *Biblioteca Histórica de Cartagena*. Madrid, 1889, T. I, pp. 463-4.